

BIBLIOGRAFIA

BANUS Y AGUIRRE, José Luis: *Glosas Euskaras*. San Sebastián 1975. Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa. 367 págs.

Estamos ante una recopilación de artículos periodísticos, que con el nombre de «glosas» han ido apareciendo con regularidad semanal casi exacta, desde febrero de 1971 hasta finales del 73, en las páginas del diario donostiarra «La Voz de España».

El autor, periodista y director de periódicos, es al mismo tiempo por vocación, formación y afición un auténtico historiador, y sus «glosas» verdaderas disertaciones históricas, ordinariamente de alta calidad científica, muy por encima de lo usual en las agitadas páginas de la prensa.

Estas meditaciones históricas, consagradas a reconstruir e interpretar el pasado de San Sebastián, de Guipúzcoa y del País Vasco, es de lo más valioso, de lo más sincero y de lo más científico que se ha escrito en un campo histórico local en el que predominaba la rutina y la aceptación de mitos y leyendas como verdades históricas sin otro fundamento que su reiterada y multitudinaria repetición. Objetividad, sano juicio crítico y sólida documentación son las tres cualidades que campean en las 50 «Glosas» que integran el volumen que reseñamos.

Una gran variedad y riqueza de temas de historia vasca de imposible enumeración en esta breve nota desfilan por las 50 glosas que integran este volumen de modesto título, pero de sorprendente valía intrínseca y calidad de contenido.

Para el historiador del derecho resultan especialmente interesantes las numerosas «glosas» en que se tratan específicamente problemas institucionales para los que el autor tiene siempre una especial sensibilidad y acierto.

No acabaré esta nota sin destacar otra de las cualidades de las «Glosas Euskaras»: los frecuentes rasgos de intuición y las fecundas sugerencias capaces de abrir nuevos rumbos a la investigación con que el autor ha sabido sembrar acá y allá sus páginas.

(Del «Anuario de Historia del Derecho Español»).

Gonzalo Martínez Díez, S. J.

DON QUIJOTE MANTXA-ko. Itxaropena. Zarauz. 1976. Versión al euskara de P. BERRONDO.

Con ocasión de la presentación de la Traducción al Vasceuce de la 1.^a parte del QUIJOTE por Pedro Berrondo en la Biblioteca CAMINO de la Caja de Ahorros M. de S. Sebastián, en diciembre de 1976, pronunció don Angel Irigaray la charla-comentario que sigue, junto a las de d. M. Lecuona, d. J. Estornés y del mismo traductor.

Esta versión al Vasceuce de la famosa novela de CERVANTES por el citado escritor y editada por Icharopena de Zarauz, ha supuesto al traductor una ímproba labor, porque ha tenido que rumiar primero los largos y a veces enrevesados párrafos del ilustre manco de Lepanto, para redactarlos luego en una prosa euskérica bien legible.

Para una versión al Vasceuce, no es lo mismo un texto lleno de oraciones secundarias y de relativo, rimbombante y ampuloso, como es a menudo el Quijote, que otro texto conciso y sin retórica, como es Baroja por ejemplo.

También son más fáciles de traducir al euskera unas *Memorias*, un reportaje o las anécdotas de un viaje, que *Descartes* o un tratado matemático.

Las reglas que se deben seguir para una buena traducción bien las conoce Berrondo; pues tomando un capítulo cualquiera de su trabajo, la historieta de *Anselmo* y *Lotario* del capítulo 33, por ejemplo, el lector no tendrá necesidad de Diccionario, que es el más seguro *test* de una buena versión.

Esas reglas las publicó *Arotzarena*, que fue director de *Eskualduna* de Bayona, en *Gure Herria*, de cuyo trabajo hago la versión de los puntos esenciales: —1.º El texto erdérico debe de ser perfectamente entendido, esto es esencial; para luego verter al euskera sólo las ideas, nunca literalmente, como muchos indebidamente lo hacen; porque la semántica y la sintaxis de ambas lenguas, son totalmente diferentes. 2.º Después de haber compuesto la versión, se debe retirar el original; y al leer luego nuestra versión, se deberán corregir las frases oscuras, devolviendo si es menester, al texto traducido, el aire natural del Vasceuce vivo y correcto.

A propósito, el escritor *Benavente* decía ...«la traducción de una obra »extranjera al castellano, nunca debe ser literal, sino dar en esta lengua lo »más claro posible, las ideas del original...». Lo mismo vino a decir el traductor bajo navarro al Vasceuce, del *Alfonso Rodríguez*, en su «*Guiristino-n perfektionia*»: —'Empecé a traducir palabra por palabra, pero al fijarme que

»haciéndolo así, se forzaba a menudo el «sentido y la naturalidad... deteminé poner en euskara lo más claro posible el sentido del original, sin atarme a los términos del francés...». (De la traducción del original castellano).

El autor de esa traducción del Quijote ha seguido estas normas y la lectura de su versión es un placer. Haciéndolo así, evita al lector las dificultades y fallos que tiene que soportar en la mayor parte de versiones al Vasc., así como en muchos anuncios de Bancos y Empresas, en que el lector naufraga.

Sin embargo, algunos traductores saben hacer su labor entre nosotros; justo será recordar las versiones de *Pascual Duarte* por L. Jáuregui: la *Historia Natural* de la Tierra, por S. Garmendia y el mismo Axular, que en su libro *Guero*, hace muchas versiones del latín de autores profanos, al euskera, sin que éste pierda su claridad y autenticidad.

Anteriormente ha habido traducciones de capítulos sueltos del *Quijote* al Vasc. como: las de Duvoisin y Palacios (éste, Ingeniero del puente colgante de Portugalete), Dogson, Zamarripa, Mateo Mújica, Kirikiño, etc.

Entre las modernas traducciones, citaremos las de Anabitarte, Lizardi y la nuestra del capítulo IX, que fueron publicadas en la RIEV.

Duvoisin mostró su competencia traduciendo la Biblia entera magistralmente; pero ésta de Berrondo no desmerece de las que el famoso capitán y colaborador del Príncipe Bonarparte hizo de los tres primeros capítulos del Quijote. El labortano partió los párrafos largos del Quijote para facilitar la lectura; y los títulos y citas del castellano, no los traduce al Vasc. al revés de nuestro autor, de forma similar a como actúan los traductores ingleses y franceses.

Esta versión del Quijote, de Duvoisin, la editó Dogson, merced a un manuscrito que guardaba Campión; en la edición de Duvoisin constan estos extremos. Volviendo al tema avalaron la versión de *Berrondo* varias pinturas y apuntes de *Albizu*, *Apezechea*, *Alvarez*, *Arbeloa*, *Erenchun*, *Estornés-Lasa*, *Fiestras*, *Iribarren*, *Ibarra*, *Chillida*, etc.

No podemos dejar de felicitar al traductor que ha logrado una versión fácilmente legible, cosa asaz rara entre nosotros; así como a los artistas citados, sin olvidar a la Editorial Icharopena, que nos ha servido un lujoso (demasiado quizás) volumen, a la espera de una edición más asequible a las posibilidades de muchos lectores.

A. Irigaray

JULIO CARO BAROJA, *Estudios Vascos VII. Baile, Familia, Trabajo*. (Ed. Txertoa. San Sebastián. 1977).

No es preciso insistir en la importancia que tiene recoger en unos volúmenes los trabajos dispersos por Revistas y otras Publicaciones, gran parte de ellos inasequibles para la mayoría del público, como ocurre con este nuevo tomo (el VII de sus obras) que J. Caro Baroja nos ofrece.

En el Prólogo se pronuncia sobre las diversas intenciones con que se enjuician algunos hechos que suponen cambio en el vivir tradicional, apartándose de criterios preconcebidos y ateniéndose a una objetividad, la única admisible en la ciencia, que acaso disguste a los partidarios de viejas recetas, atentas sólo a los vicios o a los defectos.

Y a propósito de los cambios sufridos en el vivir, hace alusiones irónicas, entre otras, al «urbanismo», por las consecuencias que lo hecho en los últimos veinte años puede acarrear.

El primer capítulo sobre el Ritual de la danza en el país vasco (que fue publicado por primera vez en 1964) pone de manifiesto la tradición coreográfica del pueblo vasco, las censuras sobre el baile, las llamadas al orden porque «los curas entraban en danza los primeros», con las respectivas disposiciones de prohibición de tales hechos.

Los entusiasmos por el baile popular de Larramendi, Jovellanos; las descripciones de Iztueta, con el profundo ritual de las danzas que en los días de fiesta se convertían en una «función social» encabezada por las autoridades.

El orden establecido para el baile. La danza de los hombres (auresku). Importancia de la intervención en ésta de los municipios guipuzcoanos. Toma Caro de este autor (Iztueta) los distintos pormenores, la antigua selección moral de los bailarines, e insiste en el carácter social del baile vasco.

Danzas de jóvenes, de mujeres casadas, etc.

La mutil-dantza del Baztán y otras, como algo enlazado con ritos funerarios o danzas animales, acaso.

Estudio sobre danzas armadas, bastante generalizadas en Europa. Descripción minuciosa y orden de la ezpata-dantza (siguiendo al autor mencionado). Particularidades de ésta en Vizcaya.

La brokel-dantza, makil-dantza, jorrai-dantza, y muchas más que el amante de éstas puede ver en Iztueta. En ellas prevalece siempre el sentido de rito y de aglutinación social que suponía algo visto como sagrado, aunque ésto no invalidaba su carácter de danza festiva.

El segundo Capítulo está dedicado a las *Mascaradas* y «*Alardes*» de *San Juan*, y su relación con las danzas de moros y cristianos, extendidas por toda España. Prohibiciones de estas mascaradas, incluso con pena de vida y pérdida de bienes.

Compara con las de este tipo de Alava, Rioja, Aragón (Pina de Ebro), etcétera, con detalles de su desarrollo, documentado todo convenientemente, casi siempre vinculadas a San Juan (que en realidad es la fiesta del solsticio de verano). Así también las fiestas de Tolosa, y celebración de la Batalla de Beotibar.

Pone de relieve el carácter por una parte agrario y naturalista de muchas de esas fiestas, y por otra, el recuerdo de hechos bélicos.

En un Capítulo de folklore experimental hace una exposición detallada del Carnaval de Lanz. Situación jurídica de la Villa, fama de sus carnavales en toda la comarca, que luego han interesado a los especialistas en etnología y folklore.

Describe Caro todos los preparativos, realización, incidencias, estudiados minuciosamente, hasta el punto de convertirse este capítulo en un documento imprescindible para el conocimiento de lo relacionado con este hecho de importancia etnológica excepcional. Acompaña además varios testimonios gráficos.

Quien lea esta parte tendrá un conocimiento perfecto de lo que es el «Carnaval de Lanz», de sus fundamentos medievales, de su relación con la Cuaresma, de su carácter europeo por las condiciones especiales de esa vieja población de «francos», etc.

Pasa luego a un tema bien distinto, ya tratado en otros lugares por el autor: los nombres de parentesco en vasco. Denominaciones para las relaciones de parentesco. Compara con lo hecho por autores anteriores. No ve demasiado seguras las conjeturas de los lingüistas.

Señala lejanos atisbos de celtismo.

Diferencias de nombres según los dialectos. Algunos sufijos característicos (—*so*, —*ba*); nombres de respeto y jerarquía; de hermanos, de relación colateral, etc. La riqueza de términos en vasco, y que siempre ha llamado la atención, podemos verla aquí en toda su variedad y carga significativa.

Como complementario tenemos un estudio sobre la composición de la familia vasca y su vinculación al nombre de la casa. División del trabajo. Conservación del predio. Formas de herencia. Valor del hombre joven en el caserío y condicionamiento del matrimonio. Subordinación a los intereses de la tierra. Ritos religiosos y otros inexplicables relacionados con él.

En otro capítulo se ocupa de la crisis del caserío. El fenómeno general del abandono del campo, como en toda Europa, motivo de preocupación de antropólogos y sociólogos, que supone una verdadera revolución social. Toma como ejemplo un rincón del país vasco-navarro. Transformaciones en la vida del caserío, incluso en lo espiritual. Modernización. Cambio de concepto desde el trabajo en común.

Dificultades para encontrar en los hijos el continuador de la tradición rural. Cambio de consideración social del casero. Dificultades, así mismo, de matrimonio por el rechazo de vivir en el campo. Conceptos fundamentales de la sociedad rural y de la propiedad que han dejado de serlo.

Termina el volumen con «Notas de etnografía navarra».

Desaparición de formas de vida seculares, de ciertos términos. Cambio de fisonomía del paisaje incluso. Acertadas ironías acerca de la tecnocracia; crítica de las planificaciones que se han hecho desde los gabinetes. Importancia de los pantanos en los cambios de vida.

Datos de geógrafos e historiadores antiguos sobre la tierra. La vida que se desarrolla en función de los ríos. Ríos almadieros y sus gentes.

Estudio somero de la antigua vida pastoril en el Pirineo navarro. Relaciones transpirenaicas.

El Valle de Lana con sus antiguas peculiaridades jurídicas. Se detiene en ciertos topónimos que indican el carácter defensivo de la zona. «Es desde el punto de vista económico un valle con economía peculiar y ha debido constituir durante mucho el primer contrafuerte del mundo vascónico de tipo navarro medio, frente a la Berrueza, de aire más meridional, y a los valles alaveses del sudoeste, muy romanizados siempre de habla».

Como el Roncal, Baztán y otros, tiene privilegio de hidalguía colectiva.

Termina con unas páginas dedicadas a la Cofradía de la Santa Cruz de Cintruénigo.

No hemos de repetir el juicio que las obras de Julio Caro Baroja merecen a todo investigador, por su probidad científica, por su objetividad, por su valor testimonial, sobre todo en momentos en que en el país vasco hay quienes pretenden hacer una historia pasional y una ciencia «subjetiva».

Como tantos otros trabajos suyos, el libro que nos ocupa, merece la consideración de modélico.

«EUSKAL IDAZLEAK GAUR». (*Escritores euskéricos, hoy*). San Sebastián. Ind. Gráfica. Edit. Valverde. 1977.

Ha salido a la luz una obra ambiciosa, titulada «*Historia Social de la Lengua y Literatura Vascas*» (EUSKAL IDAZLEAK GAUR), que incluye bio-bibliografías comentadas de los escritores euskéricos antiguos y actuales (con versión castellana), junto a diversas noticias literarias de otras épocas, preparada por el correspondiente de *Euskaltzaindia*, Fr. J. M. Torrealdai, habiendo colaborado en ella varios escritores, entre los que citaremos el nombre de J. Inchausti.

El texto (bilingüe) pasa de 675 páginas, con una reiteración, quizá abusiva, de artísticas fotos de muchos escritores y editores citados en la obra. (Jakin.—Oñati-1977). La lujosa edición del volumen es obra de la Casa Valverde — (San Sebastián), y patrocinada por la *Caja Laboral Popular*.

Ha sido presentada en varios actos académicos de sendas capitales del País, con la perspectiva, al parecer, de hacer de ella una activa propaganda, incluso por ciudades de América.

La múltiple temática de esta obra, cuya extensión podía haberse reducido notablemente en beneficio del lector sobre todo, hará retraerse quizá a más de uno, por temor de perderse en el piélago de materias expuestas en tres lecturas, que a veces se interceptan entre sí.

Este cronista teme que la simple enumeración de los temas que abarca el libro, vaya a resultar poco clara y ordenada.

Sólo tocaremos, por ello, algunos puntos principales, al arbitrio. El autor expresa al principio los objetivos de la obra; para intentar explicar las características de cada escritor o época importante, empezando por un esbozo de la Literatura antigua del Vasceuce, ya conocida por las Antologías e Historias literarias.

Relata el conocido ciclo de *Dechepare* y *Leizarraga* (siglo XVI), para seguir con el del XVII y sus epígonos, *Axular*, *Pouvreau*, *Etxeberri*, *Materre*, *Harismendy*, *Oihenart*, etc., localizados estos dos importantes movimientos, con noticias de algunos de esos escritores, en el País Vasco de Francia, debiendo citarse en esta época, entre algún otro, al navarro Juan de *Berriain*, que fue conocedor consciente de la importancia de la lengua *bascongada*, como él expresa con valentía en el Prólogo de su *Dotrina* (1626. Pamplona), *christiana en romance y Bascence*.

Entremezclado entre los capítulos aparece el tema de los dialectos, el origen y calidad de los escritores, así como las áreas de extensión de aquéllos

en los distintos siglos, ilustradas con esquemitas cartográficas en colores, para cuyos límites no puede menos de haberse echado mano de la fantasía.

Después aborda el autor el siglo de *Larramendi* (XVIII) que fue más promotor que escritor del euskera; en el que destacaron, *Mendiburu*, *Cardaveraz*, *Ubillos*, *Moguel*, *Astarloa*, *Fr. Bartolo Madariaga*, *Barrutia* de Aramaiona, etcétera.

A caballo del XVIII al XIX, siguen *Iztueta*, *J. B. Aguirre*, *Lizarraga* de Elcano, (cuya ingente producción escrita está inédita, salvo algún Catecismo y Evangelio), *Lardizábal* y el alavés *Ulibarri*, entre otros. (Anotamos omisiones importantes, así como origen trocado en varios autores).

En más de un capítulo, asoman consideraciones sobre la unificación literaria, necesaria en el sector didáctico sin duda, y en publicaciones de tema científico; previa revisión de algunos puntos en litigio, como propone con acierto un articulista en la fenecida revista *Garaia XV*.

En el extenso *Indice* de escritores antiguos y modernos de la página 185, cuyo número alcanza varios centenares, el lector poco avezado se debatirá en un mar de dudas, porque ve entremezclados escritores de calidad, con otros muchos de nivel más modesto, o autores de escritos de poco fuste y de pobre calidad.

Creemos que algunos de esos lectores, a pesar de que toda elección literaria pecará de subjetiva, agradecerían una breve información (ampliando así en cierto modo la Encuesta sobre los diez mejores escritores, que es un bonito pasatiempo), destacando varios, entre los modernos, que reúnan en su prosa la corrección y gracia del estilo, el interés del tema y la fácil lectura.

Tengamos en cuenta que entre los traductores al euskera (cuestión ardua), que en 1968 contaba San Martín más de 160 en su preciosa Antología «Escritores euskéricos», sólo unos pocos resultan de amena lectura. Y sin ánimo de postergar a otros, nos permitimos citar a Salvador *Garmendia* (Historia de la Tierra), *P. Berrondo* (Don Quijote), *Luis Jáuregui* (Paskual Duarte), *Bozas Urrutia*, *A. Larracochea*, y algunos pocos más.

Limitándonos al presente siglo, nos aventuramos a entresacar algunos de esa lista de la obra comentada con la obligada reserva, y sin por ello querer marginarse otros escritores, que dejamos por no alargar. Así los siguientes autores se encontrarán en las Antologías de *C. Echenagusia*, *Erzibengoa*, *Onaindía*, *San Martín*, etc.: *T. Alzaga* (Teatro), *Soroa* (Teatro), *Eugenio Arocena* (Teatro Intxisu: *Lartaun*, *Aralar*, *Orreaga*— 778), *J. M. Barandiarán* (*Ipuñak - Leyendas - El mundo en la mente popular vasca - 12 - 18*).

E. Bustinza (Abarrak), J. A. Irazusta (Joanixio), St. Pierre (Anxuberro), Canico y Belchitina, Chiberua eta Marzelina (Copias de estas *Pastorales cómicas*, en la Biblioteca Urquijo), *Todos erribatecos* (comedia festiva de Bonifacio Lacha, en dicha Biblioteca de la Diputación guipuzcoana), *Abeletxe* (Gazi-gazak), Aresti, I. Berriatua, Zubicaray, Dirassar (Herria). Lurdes Iriondo, Aquesolo, Mikel Zarate, Xabier Lete (Kafka), *Prosistas navarros* del siglo XX en lengua Vasca, *Duny-Petre (Heguitoa)*, etc. En la lista citada de la Obra que comentamos, podrá el lector seleccionar más autores de los citados, que por supuesto reúnen también las condiciones arriba indicadas.

A. Apat-Echebarne

LES BASQUES de Jacques Allières. «*QUE SAIS-JE?*» — Presses universitaires de France. Paris. 1977.

El erudito profesor de lenguas románicas de la Universidad de Toulouse, Jacques Allières, ha publicado en la conocida Colección *Que sais-je?* (Qué sé yo?) un libro corto (128 páginas) de tamaño y denso de contenido, titulado «*Les basques*», con el n.º 1.668, que entre los que leen francés, tendrá seguramente gran audiencia. Algunos de los títulos de esa colección han sido vertidos al español, y creemos que este tomito tendrá esa fortuna, porque en nuestro *Euskal'erri* precisamente puede encontrar la mayor clientela.

El autor (y querido amigo) es occitano, *toulousain*, pero ha logrado hablar y escribir de corrido nuestro Vasconce, habiendo adquirido un extenso y preciso conocimiento de toda Vasconia, que el lector se percata (si está enterado) en cuanto se enfrenta con la lectura del libro.

Traduzco al español, los capítulos de más interés para esta sección. — «Geografía del País y límites lingüísticos. La prehistoria (este capítulo, tan complicado de por sí, está magistralmente expuesto en un lenguaje claro y transparente, incluso para los no especializados). Los historiadores de la Antigüedad. Las invasiones romanas. La conquista árabe de España, desde el reinado en Navarra de la casa de Champagne hasta la Revolución francesa. Lengua Vasca y Literatura; esbozo lingüístico. Literatura erudita y popular; los bersolaris. El teatro popular. Los escritores (euskéricos). El hombre y la sociedad éuskara. Los éuskaros de fuera».

Al final del librito hay algunos más, dedicados a Estadísticas y datos sobre el Comercio y la Industria; sobre Arte popular, juegos, danzas, deteniéndose, como es obligado, en las Mascaradas Suletinas.

En otros capítulos finales describe Allières, los símbolos funerarios (Estelas Vascas) y de ornamentación de la casa euskaldún; donde más canti-

dad de bellas epigrafías encontrará el artista será en Labort y Baja Navarra sobre todo; la ruta de Valcarlos a St. Palais es una cantera todavía inexplorada; detalle que no debemos dejar de añadir.

También la Brujería, ritos y mitos (con las emotivas leyendas de *lamiak* y *jentillak*, recogidas y publicadas por el inagotable etnógrafo Barandiarán) debemos citar por descontado.

La prehistoria éuskara

En este capítulo explica el autor con una gran claridad, la época *musteriense*, con sus restos descubiertos en los yacimientos de *Zúñiga* e *Isturitz* (Navarra); seguida de la *auriñaciense* y *magdalenense* en las estaciones de *Bolinkoba* y *Urtiaga*, sin olvidar las pinturas rupestres de *Isturitz*, *Alquerdi*, *Berroberría* (Navarra), así como los cráneos tipo *Cromagnon*.

Después describe la edad del bronce con sus monumentos megalíticos (dólmenes de *Urbasa*, *Aralar*, *Abodi* y galerías cubiertas de Artajona (Artaissona).

Nuestro país, dice el autor, está abierto a las culturas, si no a los poblamientos, tan discutidos.

En la edad del hierro (800 años a J. C.) se sitúan las migraciones indoeuropeas, célticas según el autor, que no se detienen; pero estos contactos con los invasores han permitido que se introduzcan técnicas nuevas, del hierro, de la tracción animal, prácticas agrícolas, que no están atestiguadas en períodos anteriores.

Estas ideas del autor se reflejan bien, añadimos por nuestra parte, en las leyendas vascas recogidas por Barandiarán en sus *Hojitas* y *Anuarios de Euskofolklore*, que describen la invención de la sierra, o el cultivo del trigo.

Entre los testimonios de la época romana, trae el nombre francés de *Pampelune*, que deriva de *Pompeilune*, en el que Allières también opina que está implicado el nombre de *Irun* —Iruña—. Pero, como lo hemos explicado anteriormente, «*Iruñe*», «*irune*» es más común apelativo de Pamplona, en Navarra, que el anterior Iruña creemos, pues, que tiene verosimilitud el nombre *Pompeilune-Pompeirune*, o sea la ciudad de Pompeyo. Cf. cambio -r-e = Irun-Ilunberri.

El autor opina que *Auch* y los *ausci* encierran la raíz —*ausk-eusk*—.

Los historiadores coetáneos, empezando por *Julio César*, separan la *Aquitania* de la *Galia*, distinguiendo los vascones de los celtas.

A Vasconia le llaman así en la Edad Media, pero ya en los cartularios

del siglo XIII, al traducir del latín *sigillum Vasconiae*, los amanuenses lo afrancesan en *Gascogne*, sin ningún reparo, confundiendo el sentido original.

Uno de los capítulos más logrados es el que se refiere a la etimología y origen de la Onomástica antigua de nuestra tierra, con haberse maltratado tanto. Después viene un Esbozo de la Historia del País, que desde el siglo XI al XII se centra en Navarra principalmente.

Respecto al soporte sociológico del carlismo, sobre el que el autor se pregunta, añadiremos que dejando aparte las fantasías de *Chabo*, conviene citar los acertados textos de Víctor Hugo, del escribano Muñagorri (A. Labayen), generales *Artzaya* (El Pastor), *Uranga*, *Alzáa*, etc. De ellos se deduce que el móvil fuerista de las guerras latía en la tropa, pero no en los jefes militares salvo las excepciones citadas.

En el capítulo correspondiente a Pastorales, no parece que *Santa Garazi* haya sido un éxito tan decisivo, como leemos en el libro; pues el cambio de estilo no ha cuajado, y llevarán la palma las antiguas *Abraham*, *Les quatre fils d'Aymon*, *Napoleón*, etc., así como las modernas *Berterretch* y *Santxo Azkarra*, que siguen la tradición.

Se trata en fin, de un ameno Relato que informará verazmente al lector, sobre tema tan controvertido.

Angel Irigaray

MARIA ELENA DE ARIZMENDI AMIEL. «VASCOS Y TRAJES». (Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, 1976).

En la pasada primavera la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián ha publicado en dos grandes volúmenes la obra «Vascos y Trajes» de la que es autora Doña María Elena de Arizmendi Amiel, en la que esta infatigable y culta investigadora ha recopilado, posiblemente, todo lo que sobre estos temas se ha escrito, hasta el punto de que a partir de ahora será difícil añadir nada nuevo, salvo posibles hallazgos en archivos o bibliotecas particulares. La obra se halla magnífica y abundantemente ilustrada con multitud de láminas, muchas de ellas en color, recogándose en sus páginas los bailes y la indumentaria vasca desde las más remotas referencias conocidas hasta nuestros días, todo ello relatado con una pluma ágil en la que en todo momento se refleja el profundo cariño que la autora profesa a su tierra y sus costumbres, siempre con la meticulosidad y el amor al detalle que es propio de las mujeres.

Este inmenso trabajo al que en el prólogo califica certeramente D. Julio

Caro Baroja de «Historia del pueblo vasco a través de sus trajes», comienza con el peinado de la «Dame de Brassempouy» de 36.000 a. C. recogiendo luego todo lo que sobre estas materias se sabe de las épocas romana, bárbara y de la invasión mahometana, sin olvidar nunca las zonas fronterizas del Sur, como son Silos y Briviesca, ni las del Norte de tierras aquitanas o bearnesas, aportando constantemente curiosos datos como el de que en el siglo XII el tocado de la reina Urraca era el «de las antiguas vizcainas», o unos altos tocados de un altar gótico de la Catedral de León, seguido de un verdadero aluvión de dibujos y grabados de los siglos XVI al XVIII procedentes en su mayor parte de Francia y Alemania, sin olvidar las numerosas descripciones que de las gentes de esta tierra hicieron los muchos viajeros que las conocieron con motivo de sus peregrinaciones a Compostela o, posteriormente, por venir a trabajar a nuestro País. También es abundantísima la colección de dibujos, grabados y litografías del siglo XIX, época en que la invasión napoleónica trajo a nuestras tierras gentes de toda Europa, entre las que figuraron numerosos artistas que publicaron luego en sus países de origen los trabajos realizados. Destacan los grabados ingleses, no sólo por su calidad sino principalmente por la veracidad de los trajes y facciones que representan. Respecto a los de origen francés, más abundantes aún, adolecen con alguna frecuencia de buscar sus autores lo pintoresco, destacando en este mal proceder el extraordinario Gustave Doré, cuyos bellísimos grabados de imposible superación, sitúan en sus personajes gorros y mantas ajenos a esta tierra, amén de unas facciones achatadas de influencia goyesca aquí desconocidas. Entre tantas excelentes láminas, se echa de menos la poca abundancia de las editadas en España, como son las de Carpenter, Múgica, Bousac, etc., muchas de ellas litografiadas por Delmas que, no obstante ser de más baja calidad artística, tienen para nosotros el inestimable valor de representar la verdad. Una de las pocas españolas publicadas es la del pintor Seguí en la que se representa una boda popular de vizcaínos en el último tercio del siglo XIX, que es todo un documento del vestido popular de esa época, con los hombres mayores con las altas monteras y el padrino fumando una blanca pipa de yeso (¡jojo! no de espuma de mar) aún fácil de hallar en las tiendas de la parte vieja de Vitoria en 1935. Destacan por su belleza las cinco reproducciones de otros tantos cuadros de Sorolla, en las que tanto la vestimenta como los caracteres físicos de las personas son de una ejemplar veracidad.

En el estudio de estas láminas se ve con pena dos alteraciones que han sufrido otros tantos trajes actuales de «dantzaris», alteraciones que en manera alguna pueden acharcarse a Doña María Elena de Arizmendi Amiel, dado que ella, siempre tan meticulosa, se ha limitado a reproducir los trajes que ha visto. Son esos trajes los de Berriz y el del «cachimorro» de

Laguardia. Este último fue visto y dibujado en 1928 por el Comandante Boissel, Director entonces del «Musée Basque» de Bayona, quedando asombrado al comprobar que el tal danzarín iba vestido exactamente igual que los bufones medievales, con los triangulares lambrequines y los colores alternados de sus medias y cuerpo; posteriormente fue de nuevo registrado en un magnífico dibujo por el artista local Carlos Sáenz de Tejada, para acabar siendo publicado sin cambio alguno en su atuendo, en una colección de veinte litografías que se editaron en Rentería el año 1932. Por eso es de lamentar que, según puede verse en esta obra, este traje medieval ha sido grandemente modificado sin motivo alguno que lo justifique. Análogos cambios parece que ha sufrido el de los «dantzaris» de Berriz, los que sabemos por alguien que los vio todos los años entre 1865 y 1875, que usaban faja roja y se tapaban los botones con unas flores amarillas, mientras que ahora la faja es verde y las flores, al parecer, azules. Gracias a esta obra sabemos de estos cambios y sería de desear se rectificasen, evitando que los otros trajes de nuestros «dantzaris» vayan sufriendo cambios parecidos.

En este admirable trabajo, en esta inapreciable recopilación de datos, sólo existe un pequeño lunar, posiblemente no achacable a su autora y sí al deseo de los editores de embellecer sus páginas con unas láminas de un más alegre colorido. Se trata de algunas figuras tomadas de antiguos dibujos y grabados del siglo XVI, obras que en origen fueron publicadas en negro y que ahora lo han sido en color, con lo que se corre el peligro de que en obras sucesivas se vuelvan a reproducir de esta manera, siendo así que no nos constan los colores que en su época tuvieron. Además al haberlas coloreado se ha utilizado con frecuencia el verde, color casi desconocido en esta tierra en esos años, como puede comprobarse con los cuatro grandes cuadros de Francisco de Mendieta que se conservan en las Diputaciones de Guipúzcoa y Vizcaya y en el convento de las Descalzas Reales de Madrid, así como viendo los dibujos coloreados de la colección Lezama Leguizamón. Aunque no de esta tierra, tenemos prueba de la rareza del verde en esos años, repasando la relación de las prendas multicolores que se usaron en el año 1434 durante el famoso «Paso Honroso de Suero de Quiñones», en la que sólo figura anotado un «peto azeytuní» o sea de terciopelo verde, lo que nos hace ver que en tales años debía ser muy difícil conseguir ese color con los tintes vegetales que se utilizaban. Ciertamente es, no obstante, que en varias de las auténticas ilustraciones francesas del XVI y XVII que se exhiben en esta obra, se ven varias prendas que tienen ese color, pero ello sólo puede atribuirse a que los artistas que pasaron por el País tomando notas de lo que veían, limitáronse a dibujar los trajes para luego colorearlos a su gusto al llegar a su tierra, tal y como se hace hoy en día por los artistas que toman notas en el campo para acabar ultimando las obras en su domicilio.

Sólo así se comprende que en varias de las excelentes láminas antiguas que gracias a esta obra nos ha sido dado conocer, se colocaran sobre las cabezas de las mujeres vascas tocados corniformes verdes o rojos, como ocurre en las páginas 145, 146 y 147 del tomo 1.º, cosa que ni una sola vez hizo persona tan minuciosa y tan conocedora de las modas de esta tierra como el ayalés Francisco de Mendieta. Pues la realidad es que aquí los colores más usuales fueron los diversos rojos, una gran variedad de pardos, los negros y, en menor cantidad, algunos amarillos y azules, mas los inevitables y muy abundantes blancos del lino natural y de la lana no teñida.

Pero si el traje vasco se halla estudiado exhaustivamente, otro tanto ocurre con las danzas, desde el popular «aurresku» que piensa la autora puede prevenir de las carolas medievales, pasando por las danzas baztanasas y sus mayas, hasta hace poco existentes, o las de Ochagavía y su «bobo», o las de Valcarlos con sus «dantzaris» de tan alegre colorido, así como las de Arizcun y sus altos y puntiagudos gorros, más las de Lanz con su «Miel-Otxin», sin olvidar los ruidosos «zamparrak» de Ituren y Zubieta, ni los alegres días de San Fermín en Pamplona con su popular «saldiko», ni los ágiles «dantzaris» de Lesaca que bailan sobre el pretil del río Orín, al igual que las diversas fiestas de la Burunda y las de Alsasua con sus bellas cintas bordadas y sus panes circulares ensartados en un palo, así como las de Leiza y su alegre «ingurutxo» y las danzas de los «paloteados» de Cortes, todas las cuales admira y comenta con multitud de detalles, llegando a veces a emocionarse como al ver salir en una mañana oscura a los pardos «chachos» de Lanz lo que le hace exclamar «era como si de pronto hubiesen cobrado vida las entrañas de la tierra». Igualmente describe las fiestas de S. Juan de Tolosa, las danzas de Berriz, las de Xemein y las muy originales de Lequeitio y su «katxarranka», al igual que las de Oñate con sus enmascarados Apóstoles, las alavesas de Laguardia y su medieval «cachimorro», dedicando un largo comentario a los carnavales y pastorales de la zona vasco-francesa con sus numerosos personajes, acabando con un minucioso estudio de los alardes de Irún y Fuenterrabía, al igual que de la «tambo-rrada» donostiarra, trabajos estos últimos que describe extensamente y con un gran conocimiento de su origen, así como con todo el profundo cariño con que se recuerdan los sucesos de la niñez.

Es esta obra un extraordinario trabajo que bien merecería un comentario más largo y concienzudo, pero que desde aquí creemos debe recomendarse a todas las entidades y personas que se interesen por nuestra etnografía y nuestras costumbres populares. Obra, en fin, que honra a su autora y a la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián que tuvo la excelente idea de editarla con tanta generosidad de medios.

G. M. Z.